

DIANA SARTORI

Entre el deseo y la realidad. La tentación del bien.*

Esquema de trabajo

Me gusta mucho el tema propuesto: "la disparidad entre realidad y deseo" porque capto en él dos sentidos, ambos muy estimulantes. No sé si este doble sentido es intencionado o si solo se quería uno; yo, en cualquier caso, los noto los dos.

El primero se refiere al concepto de *disparidad*, usado en la política de las mujeres para indicar una práctica de relación que reconoce precisamente la disparidad entre una mujer en algún sentido más grande, que va antes, que tiene autoridad en la relación, y la mujer que reconoce esta mayor autoridad o precedencia. Es una idea nacida entre las mujeres de la Librería de Milán hace muchos años, en el ámbito de la práctica que fue llamada de *affidamento* entre mujeres, y que quería que circulara la autoridad femenina de origen materno. En este primer sentido, el título me sugiere que la práctica de la disparidad hay que pensarla como algo que está en medio entre el deseo y la realidad. Se puede entender que hace de trámite entre los dos, que media entre deseo y realidad y, por otra parte, entre realidad y deseo.

O se puede también entender otra cosa: que la disparidad tiene un lado

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

de deseo y otro de realidad: como decir que una cosa es el deseo y otra la realidad de la disparidad. Este segundo modo me interesa más para lo que quiero decir, porque sugiere que en las relaciones de disparidad no todo va siempre como se desearía, y esto me permite llegar a la cuestión que quiero plantear, que es el tema de lo *negativo* en las relaciones.

Los dos sentidos están relacionados entre sí, y tal vez solo si se tienen ambos presentes puede funcionar verdaderamente el círculo entre realidad y deseo, evitando que lo negativo de las relaciones lo interrumpa, quebrando su eficacia.

Querría concentrarme precisamente en un modo concreto en el que se da esta interrupción de la capacidad de mediación de las relaciones, y en especial de la relación de disparidad: lo que yo he llamado *la tentación del bien*.

Esta reflexión mía sobre lo negativo en las relaciones nació hace mucho tiempo y tuvo una primera elaboración en un escrito que hice para Duoda, a petición de Milagros Rivera, que me invitó a escribir sobre el diálogo con la madre, y que se publicó en el número 22 de la revista *DUODA*. Volveré aquí sobre algunos puntos de aquel texto. He seguido pensando después en este tema, en relación con el trabajo de Diótima, que este año ha dedicado su seminario anual al *Lavoro del negativo*, un tema al que estará dedicado también nuestro próximo libro.

Es necesaria una premisa referida a un elemento importante, de carácter teórico y político, vinculado con el debate y las prácticas políticas de estos años en Italia.

Precisamente en relación con la política de la diferencia que se ha desarrollado en torno a la importancia de las relaciones entre mujeres que reconocen y hacen circular la autoridad femenina, y que han puesto en primer plano la figura de la relación primera con la madre, se

ha insistido mucho en lo que ha sido llamado el trabajo a partir de lo positivo, sobre la fuerza femenina y el modo de darle autoridad, circulación y nombre. Una opción que derivaba también de la hostilidad hacia una política femenina muy difundida anteriormente, que se basaba en la idea de opresión, de discriminación, e insistía en la miseria femenina. Era una política que percibíamos como ineficaz y frustrante, que se limitaba a la crítica, a la reivindicación y a las fuerzas reactivas del resentimiento. La capacidad de apoyarse en lo positivo de origen femenino ha sido, pienso, la fuerza de la política de la diferencia y de las prácticas de relación. Además, desde el punto de vista teórico, esa política ha sostenido la necesidad de enraizarse en el primer hecho positivo de la relación con la madre, la precedencia y prioridad de lo positivo tomado como referente.

No pretendo en absoluto refutar esta función de lo positivo ni desde el punto de vista teórico ni político. No obstante, con el paso del tiempo y, sobre todo, en mi experiencia subjetiva, se ha ido madurando la convicción de que es necesario, sin querer minar la prioridad de lo positivo, volver a trabajar sobre lo negativo. Los motivos que me impulsaban eran muchos y diversos: el perdurar en mi vida y en la de muchas mujeres de un negativo y de un sufrimiento que resultaba difícil de nombrar y elaborar, el surgir de formas de negativo en las relaciones entre mujeres con frecuencia más difíciles de afrontar que las que surgían con los hombres y en nuestra vida en el mundo. O, también, un cierto abandono femenino en una representación de sí, de las relaciones entre mujeres y de nuestra política, edulcorada, embellecida, encomiástica y a veces francamente hipócrita. A propósito de esto, Lia Cigarini ha hablado de una especie de "liturgia materna". Todo esto, y otras cosas, me han convencido a mí y a Diótima de que ha llegado el momento de afrontar el nudo de lo negativo. Por mi parte, he intentado reflexionar sobre el hecho de que en esta dificultad de afrontar lo negativo que se presenta, inevitablemente, en nuestras vidas, en la dificultad de ponerlo en palabras, de darle, en lo posible, sentido, tiene una parte relevante la tentación de imaginarnos todas en el lado del bien, borrando lo negativo. A este obstáculo le ha dado el nombre de

tentación del bien.

Puntos:

1- La tradicional división del “trabajo moral” entre hombres y mujeres, partiendo del ejemplo *El corazón de las tinieblas* de Conrad, imagen de un mundo femenino guardián del bien, incapaz de hacer frente a lo negativo, del que los hombres, en cambio, saben hacerse cargo.

Desde hace muchos años, el tema de lo negativo es, para mí, una especie de *clavo* inamovible. He insistido mucho en que Diótima se lo planteara; lo ha hecho este año en el Seminario grande.

No sé muy bien cómo se me plantó en la mente; sin duda, por una travesía personal de lo negativo y, también, por un sentimiento de suspicacia creciente hacia una tendencia difusa en la política de las mujeres a dar de sí misma una representación que me parecía muy edulcorada, embellecida e idílica. Sea como sea, hace unos años empecé a concentrarme en el problema, y una de las primeras reflexiones que hice se centró en el relato de Conrad *El corazón de las tinieblas*, que describe un auténtico viaje a lo negativo.

Lo que más me llamó la atención fue un párrafo, que os releo:

“Resulta extraño lo alejadas del contacto con la realidad que pueden estar las mujeres. Viven en un mundo del todo suyo, y nunca ha habido nada parecido, y nunca lo podrá haber. Es incluso demasiado hermoso y, si lograran realizarlo, se derrumbaría antes del primer ocaso. Un desafortunado hecho con el que nosotros los hombres convivimos tranquilamente desde el día mismo de la creación, comparecería de pronto y lo barrería todo.” (P. 25)

Ahí se me metió el clavo que, enroñecido, me sigue punzando. ¿Qué es lo que me afectó y me sigue afectando?

Es un hombre quien habla, un hombre extremadamente consciente de la civilización enferma en la que vive y que denuncia, y también de la responsabilidad netamente masculina de esta enfermedad. Un hombre que ve hasta qué punto está en las manos de las mujeres la única llamita de bien que es mantenida viva.

Parece que, hoy, más hombres que en tiempos de Conrad se dan cuenta de ello o, al menos, es lo que dicen, invitando a las mujeres a unirse a la procesión de los hombres de buena voluntad, y a ayudarles a salvar el mundo. Muchas mujeres responden y se ponen a ayudarles a los hombres en sus iniciativas. De estas mujeres, no digo más que con frecuencia se pierden y acaban teniendo bien poco con que ayudar a los hombres, al menos mientras piensan que se trata de unir fuerzas cuantitativamente semejantes. Otras –muchísimas– siguen teniendo encendida la llamita y haciendo lo que ha sido llamado el trabajo de civilización. Otras, y yo y muchas que estamos aquí, opinamos, tras haber dado (espero) ese salto que ha sido llamado de la libertad femenina, que en ese trabajo está el corazón de la política y del amor al mundo y a los seres humanos femeninos y masculinos que lo habitan.

Estas –nosotras– hemos abandonado la eterna solicitud de inclusión y, también, la queja y esa fuerza política traicionera que es el resentimiento. Hemos trabajado lo positivo, y ha sido y es, sin duda, una política grande y eficaz, que ha hecho mundo. Lo digo y lo repito, porque no quiero que haya malentendidos: este es, para mí, el camino maestro de la política de las mujeres y, sin miedo a exagerar, le llamaría el *camino real*.

Y, sin embargo, –lo decía Lia Cigarini– se nota un parón; ella decía que se sentía *quieta* en medio de mujeres que corren por todas partes persiguiendo deseos que no entiende, que no entendemos. Y el Seminario de este año ha estado dedicado a lo negativo que apesadumbra nuestras vidas.

Aquí, yo vuelvo a sentir el clavo. El que clava a mujeres y hombres en

sus posiciones rígidas, endurecidas, que ya no comunican ni mueven realidad en nuestras vidas.

Es decir, aquí reconozco una *clavazón* que tiene que ver con algo de lo que transmitía el fragmento de Conrad y que se refiere a ese obstáculo intratable que Lia Cigarini ha llamado siempre la *perdurable incredulidad masculina* en una política que no sea la que dicta la dura ley de la fuerza, que pretende asumir con realismo lo negativo y el mal. Incredulidad en la eficacia transformadora de la política de las relaciones y de lo simbólico que hacen tantas mujeres.

Esta incredulidad, Conrad la expresa bien, mejor que muchos que ahora se han aficionado a ella:

Las mujeres viven en un mundo propio, lleno de buenos sentimientos, ideal, bello, cálido y bueno; pero es un mundo alejado de la realidad, completamente ilusorio y fantástico, muy distante de la "dura realidad" con la que tratan cotidianamente los hombres. Marlow, el protagonista, se sorprende de la extraña falta de sentido de la realidad de las mujeres y se pregunta qué es lo que ocurriría si el mundo cerrado en el que ellas viven se abriera y se convirtiera en el mundo mismo. La respuesta que dicta su realismo masculino está clara: imposible, no duraría, demasiado bello, la verdadera realidad, con su carga ineludible de mal, tendría enseguida razón, un único y banal hecho de los que los hombres manejan todos los días bastaría para desmoronarlo. El día de la llegada del mundo de las mujeres no vería ni siquiera un primer atardecer: demasiada luz, los primeros indicios de oscuridad lo desintegrarían. El mundo de las mujeres no soporta las tinieblas, no soporta lo negativo, es demasiado claro, demasiado luminoso, sin claroscuros, las primeras sombras bastan para romper el hechizo.

Está claro que esta condena es demasiado funcional a la legitimación de la inevitabilidad de la superioridad del mundo de los hombres, siendo el de las mujeres un mundo de sueños y fantasías. Pero una defensa de este tipo es demasiado simplista. Hay un núcleo de verdad

en esa opinión, y también una advertencia acertada. Diría que tiene que ver con una *doble clavazón* que exige que se haga mucho trabajo de lo negativo y, me temo, mucho dolor, daño y sufrimiento.

El primer clavo es, más bien, una cuña colocada entre las mujeres y los hombres, y afecta a la política: en el mundo no está solo la fuerza, no está solo la fuerza en la política. Hay una *fuerza* que no es la *fuerza* que hace mundo y política.

Luisa Muraro ha hablado de la realidad de una fuerza que vincula, ata y no obliga, la ha llamado amor, yo prefiero llamarla *fuerza libre*. Es esta fuerza libre la fuerza de la política de las mujeres.

Pero precisamente aquí está la cuña que bloquea e interpela el segundo clavo: no solo interpela al mundo de los hombres en su pretensión de autosuficiencia; en ese mundo la pregunta del mal *unde malum?* habría más bien que traducirla como *unde bonum?* Nada en su tradición (quizá antes Dios) permite dar respuesta a esta pregunta. La expulsión de la madre ha borrado a un tiempo la fuente del bien y del inicio.

La tradición patriarcal, con sus dualismos, ha dividido lo público/privado en una lógica de la división el trabajo entre los sexos que ha sido también una *división del trabajo moral*. En el mundo público de la política vale la fuerza, el interés, la ley, se contrata, y así sucesivamente; mientras que en el mundo privado, doméstico, en la familia, vale el amor, la virtud, el destinterés, etc.

Que esto ha producido una concepción de la política, y no solo de la política sino de la vida, que muestra ahora visiblemente sus fallos, está claro, y ha sido ampliamente criticado por el feminismo, etc. Y que el sujeto de la política esté casi partido en dos y que ahí hay un mundo que no es en absoluto el de la vida, lo está igualmente. Y está igualmente claro el hecho de que aquí se juega su suerte, en gran parte, la política, y que es posible una política de la diferencia.

El punto que me interesa, que no ha sido indagado, es algo que se puede captar en la intuición de Conrad si se piensa en el final del relato. Marlow no le puede decir a su novia el *horror* que ha visto, al oír las últimas palabras de Kurtz: a ella hay que escondérselo y ella, por su parte, no quiere de verdad saber nada...

Ha sido una especie de división del trabajo, observó Agnes Heller: "la suerte de las mujeres (de todas las clases, grupos y estratos sociales) ha sido al mismo tiempo la mejor y la peor. Ha sido la mejor en el sentido de que los talentos adjudicados a las mujeres por la división social del trabajo han sido de hecho tales que no han exigido hacer daño a los demás. Ha sido la peor en el sentido de que la división social del trabajo ha limitado siempre el desarrollo de las dotes en talentos en medida bastante mayor a las mujeres que a los hombres."

Más allá del relato, el punto que me interesa (a mí que miro la historia de las mujeres desde más allá del paradigma de la opresión) es: ¿qué es lo que, más allá de la opresión, ha sostenido la cosa? ¿Qué es lo que ha clavado esta experiencia de mujeres y hombres desde el punto de vista femenino? ¿Y de todo este clavar, en el que veo crucificados dramáticamente a los hombres, qué es lo que arrastramos nosotras y nos clava también?

El núcleo de verdad se vincula, dicho en breve, con lo que tal vez haya llevado a las mujeres a sostener el patriarcado y con el modo en que lo han hecho.

Dicho a lo bruto: esto ha permitido a las mujeres *mantenerse en el lado del bien*, imaginarse en la inocencia, borrar lo negativo y atribuírselo todo al mundo de los hombres. Así no se ha manejado lo negativo, pero se ha manejado el patriarcado, que se hacía cargo de lo negativo, proporcionándole además el apoyo reconfortante de la custodia de un seguro "refugio en un mundo desalmado", permitiendo que siguiera, precisamente, sin alma.

Ha sido una elección que ha tenido para las mujeres sus ventajas y sus costes, y, sin duda, también para los hombres. Considero que la balanza se inclina a favor de los hombres y en perjuicio de las mujeres. La elección, si queremos verla como elección también por la parte femenina, ha sido desafortunada, por más que ennoblecida por el hecho de que al menos una chispa de bien se haya mantenido encendida en el mundo. Pero el precio ha sido elevado, para las mujeres sin duda, pero para el mundo mismo y para el entendimiento de lo real, que ha sufrido una pérdida neta de realidad.

¿Y qué tiene que ver esto con la tentación del bien?

2- La tentación del bien desde el punto de vista masculino: hacer el bien

Desde la *parte masculina*, nuestra historia política nos lo muestra con dolorosa evidencia, especialmente en la historia de este siglo.

Tvetan Todorov ha escrito recientemente un libro que se llama *Memoria del mal, tentación del bien*. Es un libro que le debe muchísimo al pensamiento de Arendt, que en este punto fue lúcida.

Dice Todorov en una entrevista:

- *Vd. dice que la "tentación del bien" hace que los hombres lo busquen por todos los medios, incluso a costa de sembrar la violencia y la muerte. Se trata, pues, de un elemento muy negativo que, no obstante, parece connatural a toda fe que pueda tener en sí esos gérmenes que llevan al fundamentalismo y a la llamada "guerra santa" unánimemente condenada en Asís por todas las religiones. ¿Hay una manera de entender y, sobre todo, de hacer entender que se ha llegado al límite más allá del cual el bien se convierte en mal?*

- "La tentación del bien es la certeza de poseer el concepto de bien, de

verlo encarnado en nosotros y de querer imponerlo a los demás por la fuerza. La religión en cuanto tal no es peligrosa, pero lo es cuando se une con el poder temporal. Se ha visto mucho en la historia: ha hecho mucho más daño la tentación del bien que la del mal.”

- *Analizando el mal presente en el siglo pasado, Vd. denuncia la “tentación del bien”. ¿Por qué?*

- “Los pensadores cristianos se equivocaron poniéndonos en guardia contra la tentación del mal porque, en realidad, son muy pocos los individuos tentados por el mal. En compensación, todos los grandes sufrimientos de la humanidad nacen de la tentación del bien, que se nos inculca que busquemos con todos los medios disponibles, incluso con la violencia y la muerte de los demás. Los totalitarismos exterminaron con la excusa de imponer un mundo perfecto. Pero la realidad humana, como decía Montaigne, es un jardín imperfecto, destinado a seguir siéndolo. El mal en nombre del bien no es, sin embargo, una especialidad exclusiva de los regímenes totalitarios. También las democracias caen a veces en esta tentación, como ocurrió en Hiroshima o, recientemente, con la controvertida guerra de Kósovo.”

Es importante recordar que el libro está dedicado a una mujer, Germaine Tillon, que “ha sabido atravesar el mal sin tomarse por una encarnación del bien”....

La verdad de este análisis se impone de tal manera que comparece en muchos escritos de hombres que están entre los mejores, aunque no solo; se encuentra incluso en el sentido común y en el imaginario social: basta pensar en la película *Guerra de las galaxias*: Anakin, el caballero jedi que defiende el bien, se deja capturar por el lado oscuro de la fuerza, por la impetuosidad, la prisa, la voluntad de eliminar el mal definitivamente y de imponer el bien.

Entre los hombres, la tentación del bien ha tomado, pues, la forma, algo jacobina, de una ética y de una política clavadas en la voluntad del bien.

En otro tiempo estuvieron pegadas a algo, a un fin, un contenido, ahora a la voluntad misma, a su arrogancia factual, una *presunción del bien que hay que hacer, hacer que sea, en la negación del bien que origina, sostiene y cuida.*

Una presunción –repito– que no se habría podido dar sin el apoyo femenino. Una tentación, pues, de *hacer el bien.*

Pero ¿qué es la tentación del bien desde el lado femenino?

3- La tentación del bien desde la perspectiva femenina

No creo que la tentación del bien, entendida como voluntad de hacer el bien a toda costa y, por tanto, a costa del mal, haya tentado a las mujeres. Sugeriría más bien que, del lado femenino, la tentación del bien toma la forma de *mantenerse en el bien.*

No estoy en grado de hacer su fenomenología. Mi sugerencia es reflexionar partiendo de mi experiencia y de mi sentir.

Digo las manifestaciones de ello que se me han ido volviendo insoportables: la tendencia a deslizarme en la liturgia materna, en una visión edulcorada del mundo de las relaciones femeninas, embellecida y que acaba siempre en gloria, a cancelar lo negativo, a no nombrar los deseos, las pasiones, los odios, la mediocridad, la miseria, los fracasos, las violencias, la instrumentalización, los miedos, las agresiones, las cobardías, los ángulos oscuros o al menos grises de nuestros corazones, de nuestras acciones, de nuestras relaciones.

Todo ello en honor de la grandeza materna, de la libertad femenina, de la fuerza que nuestra política pone en circulación entre nosotras. En una palabra, lo que se me ha vuelto insoportable se llama *hipocresía femenina*; esta es la forma más reticente de la tentación del bien, no tanto la otra de signo masculino, que también está pero me turba

menos. Sino más bien el mantenerse apegadas a un fantasma de bien que condena a la irrealidad.

Tal vez se haya tirado al niño del trabajo de lo negativo con el agua sucia del resentimiento. Viendo lo negativo solo como mal, se corre el riesgo de que el trabajo de lo negativo trabaje para el mal. Yo, que me llamo Diana, debería de haber sabido estas cosas, si pienso en sus lados claro y de tiniebla, y debería saber que hay que honrar a las Furias, hay que hacer cuentas con lo negativo.

Tal vez conozcáis el mito sumerio de Inana, que tiene que descender bajo tierra para conocer a su hermana oscura, su doble negativo, quizá quedándose, como le ocurrió, como muerta con el cuerpo enganchado en un clavo de la pared...

Volveré luego a esta historia, ahora prefiero seguir con mi experiencia para no descargar en otras esta tentación que reconozco como mía...

Yo también he caído en la tentación del bien, lo he hecho y también escrito. Han sido traducidos al español dos textos que tienen que ver con esto. El primero es *Tu devi: un ordine materno*; el segundo fue publicado en *DUODA 22*, donde reflexiono sobre esta experiencia y la releo. Hago un pequeño resumen:

Lo que entonces nombré, frente al ideal moderno de autonomía como salida del estado de minoridad y corte con la autoridad sintetizado por el imperativo moral kantiano que impone que se actúe según el criterio de lo universalizable, era el imperativo que me prestaba la autoridad de mi madre, que me decía que "actuara siempre como si ella estuviese presente". Con esto se nombraba la autoridad de la relación con la madre como primera autoridad, y la libertad era vinculada con el reconocimiento de la autoridad en el mantenimiento de la relación, no entendida como autonomía o corte de todo vínculo de dependencia y de autoridad. Esto era posible, en mi opinión y en mi experiencia, porque la autoridad de la madre no incluye los contenidos positivos que

le damos a nuestra libertad, sino solo la relación de referencia simbólica a la madre, que invita a seguir teniendo presente aquel diálogo primero. El orden materno no ordena contenidos o fines, sino la relación misma de autoridad con la madre.

Sin embargo, en estos años, ante la repetición de reacciones de la índole que he descrito, sobre todo de hostilidad, he empezado a pensar que había que tomar más en serio tanta obstinación femenina, que indicaba algo importante y sugería un límite verdadero de la elaboración. Me decía, y lo decían también otras, que algo no había sido pensado a fondo, y este algo era lo *negativo* de la relación con la madre. Lo que en un lado ocupaba toda la escena de la relación, en el otro era quitado completamente del escenario. Había, en cambio, que dejarlo en el escenario si se quería ver la escena en toda su realidad, con claridad de visión, en sus detalles, y no completamente vaciada y oscurecida ni tampoco espléndidamente deslumbrante. No lograba, sin embargo, concentrar la mirada con más atención, porque tenía la firme convicción de que lo esencial era el propio escenario, no lo que allí pudiera ocurrir, incluidas las luces y las sombras.

Hablaba de un negativo en la relación con la madre testimoniado por una resistencia femenina fortísima al reconocimiento hacia ella, siendo una dificultad extrema el hecho de que lo negativo es un obstáculo tan grande y duro que no se consigue superar. Ahora pienso que, a pesar de la magnitud del obstáculo del negativo, hay algo más, más grande, o anterior, que es la verdadera dureza de la dificultad. Ese algo que es el verdadero obstáculo ya no lo llamaría lo negativo de la relación con la madre sino, si acaso, lo *terrible* que le es propio. No tengo una palabra mejor, quizá tremendo o, quizá, precisamente, trágico. Este terrible tiene que ver con el ser la relación con la madre que nos ha traído al mundo, y el diálogo con ella lo que nos inicia en el estar en el mundo, el lugar primero que nos da la estructura fundamental de nuestro ser en el mundo por lo que concierne a la contingencia y que esta abra un más de trascendencia, aunque permaneciendo, insuperablemente, contingente. En una mezcla en la que las dos se median pero no se resuelven

la una en la otra.

Me doy cuenta de que mi dificultad se convierte en dificultad de la lengua; así que vuelvo a la escena del diálogo con mi madre. Estábamos sentadas una frente a otra, dialogando, en presencia una de la otra, precisamente ella y precisamente yo y, por más que nos llegáramos a hablar, algo se nos habría escapado siempre, algo que nos trascendía a las dos y a nuestra relación. Quizá porque estaba detrás de nosotras, en una dimensión que ha sido, de una vez para siempre, esta. Ciertamente, está el tiempo, lo que ha sido, para bien o para mal, no es revocable, está asignado a una contingencia como intocable, más allá de la voluntad, de lo que se puede hacer y repetir. Ella ya no es aquella, yo ya no soy aquella, madre, hija. No es ella y, sin embargo, es ella presente, insustituible, he pasado precisamente a través de ella y tengo que volver a pasar, aunque ahora ya no sea ella. En mí está presente algo que no está en sus manos, pero lo ha estado, yo misma en sus manos. Por eso no son solo las cuentas del tiempo las que no se pueden saldar y las que muestran que lo contingente no reposa en la coincidencia consigo, sino que empuja más allá. Hay otra imposibilidad no saldable en la relación, sea en el tiempo o de otro modo. La que procede del ser ella la madre, yo la hija. Lo que he recibido de ella, vida y palabra, es un desequilibrio positivo que instauro una deuda que no es saldable. De aquí nuestra necesidad del reconocimiento, y de saber amar a la madre, ha escrito Luisa Muraro. Sí y, sin embargo, el obstáculo de la madre concreta sigue siendo grande, lo negativo vivido en la relación con ella puede ser insuperable. Lo que estoy diciendo tiene continuidad con esto, y está cerca de lo que sostiene sobre el ser la madre natural también siempre una “sustituta” de la madre, y de la necesidad de encontrar luego una sustitución “sin sustitutos”, una restitución de la que ve un primer ejemplo en la lengua. En el diálogo con la madre que he relatado, lo que me pareció comprender, en un modo que no había comprendido antes tan profundamente, fue que la extrema dificultad de acoger esta sustitución, y de hacer sustituciones que restituyan, es ella misma un don que se tiene en la relación con la madre: el mostrar la estructura primaria de la relación que contiene

contingencia y trascendencia. Que algo que trasciende lo que es contingente se abre en esto: que aquello por lo que se usan palabras como necesidad, absoluto, otro, divino, infinito, viene al mundo en este mundo, en la casualidad, finitud, materialidad concretísima y puntual, quizá pobreza y dolor puntual. Es, en resumen, el don del encuentro con la condición humana y mundana, la apertura a la vida de lo que está ahí y nos trasciende, sin que se pueda trascender lo que está ahí, si no es mediante ello, atravesándolo. Dicho así, suena terrible y, efectivamente, ese don es una iniciación a algo que es terrible —si es esta la palabra—, y es ello mismo terrible, aunque sea simplemente lo que es la vida ordinaria de todos los días, que mueve nuestros pasos, también los más pequeños. Que no moveríamos ni podríamos medir si no hubiésemos tenido un primer punto de apoyo y de medida. Apoyo absoluto y medida no medida que entraron así, de una vez para siempre, en nuestra vida, porque entramos en la vida por vía de ellos, por más que fueran plenamente del orden de lo que es relativo a la contingencia. Lo que es contingente y lo que no lo es, y así lo que es absoluto y lo que es relativo, lo que es medido y la medida, el metro de juicio y el juicio concreto se dan al principio juntos dentro de una relación, o, más bien, nos vienen dados en el estar nosotros mismos dentro de la relación que nos trae al mundo. Lo cual, es bien posible decir que tiene que ver con el sentimiento de la trascendencia, que nos pone en contacto con lo que hay en nuestro estar en el mundo que debemos a un desequilibrio originario y primero que nos fue dado en un don insalvable, instaurando el vínculo de una deuda que no se puede saldar en un ajuste de cuentas, pero con la que hay que hacer cuentas. Porque nuestra libertad, es decir, aquello por lo que podemos nosotros mismos trascender nuestra contingencia, se abre precisamente cuando se reconoce la deuda de nuestra dependencia originaria y de lo que recibimos como dado y como don.

¿Qué quiero decir? ¿Qué tiene que ver con la tentación del bien?

¿Qué es lo que he aprendido?

Más confianza –creo- en primer lugar. Que es algo que no menoscaba el dejar que lo negativo haga su trabajo, más bien hace eso el intentar que no lo haga, el llenar los agujeros que abre para que entre el mal atraído por la intención de poner el bien en lugar seguro. Que la tentación del bien es uno de los nombres de lo negativo. Que el bien de la realidad no depende de la buena voluntad, que si también nos atraviesa lo hace de modo que no podamos pensar que depende de nosotras.

Me ha pasado un ejemplo parecido en la relación con una mujer que es importante para mí, cuando vi en sus ojos que el cuadro de bien con el que yo quería salvarla no era lo que salvaba la relación, que el reconocimiento no pasaba por la repetición de los agradecimientos, ni tampoco el aceptar una obligación de reconocimiento repetitivo, esto la ofendía, no la honraba, si acaso mostraba falta de confianza en la relación real.

Hay una fidelidad a la madre que es de por sí salvífica, un apego que tiene también algo diabólico y que, por lo que sé, puede llevarte derecha al infierno.

Mirar el referente de la madre no significa tener la mirada fija en la madre, reconocerla no es repetir su contingencia. En la mirada amorosa entre la madre y la hija está sobre todo lo que trasciende la contingencia de lo que se nos da, es su milagro. Lleva al mundo, da libertad y la acompaña, para bien y para mal.

En la primera relación con la madre conocemos el bien, pero también en esta relación se abre el hueco entre trascendencia e inmanencia, que da la clave para que la relación misma se abra y no colapse en la fusión, ofreciendo el modelo de las relaciones que seguirán, especialmente las de disparidad que movilizan simbólicamente a la madre. Hay un apego a la madre que, pretendiendo mantenerse totalmente del lado del bien, impide la elaboración de lo negativo y hace que las relaciones enfermen. Es una fidelidad al bien materno que puede llegar a volverlo

diabólico, o sea, a hacer lo contrario del trabajo de lo simbólico. La política de lo simbólico es una política que mantiene, que no borra lo negativo para hacerle justicia al mal: lo diabólico es, por el contrario, apolítico.

Me dispongo a terminar diciendo, y es el clavo inicial, que sea bendecida la política que nos ha enraizado en lo positivo y nos lleva a nombrar lo positivo, pero hace falta también una política que haga que trabaje lo negativo. No que pretenda trabajar sobre lo negativo, sino que lo acoja y le ofrezca palabra, que lo honre, al menos, no cubriendo los agujeros que abre, aunque sean dolorosos. Que respete la variedad, las muchas caras, los muchos rostros de la injusticia, que no pretenda darles un solo nombre...

En breve, lo que quiero sugerir es la necesidad de nombrar lo negativo, también en forma del mal y de sus demonios, de tener un lenguaje más preciso y articulado para ponerlo en palabras e incluirlo en el trabajo de sentido.

El ejemplo del poseso de Gerasa sobre los muchos nombres de lo diabólico

Hablando de un aspecto diabólico, contrario a lo simbólico, recordé que el exorcismo contra el diablo consistía en llamar al demonio por su *nombre*.

Me acordé luego del episodio del poseso de Gerasa: Cristo le pregunta al demonio que le posee ¿cuál es tu nombre? La respuesta es: *Mi nombre es multitud, porque somos muchos*.

Quizá Cristo podía liberar del diablo con un solo nombre, pero yo pienso que hay que trabajar los detalles, como decía el refrán de nuestras abuelas: el diablo está en los detalles; es el señor de las moscas, que corrompe la carne donde está herida, y la carne se hiere

siempre en el vivir...

Las moscas están por lo que molesta, se agolpa, se escapa, se insinúa, no se puede fijar en una sola identidad, en un solo nombre que sirva siempre.

Vuelvo así al mito de Inana: cuando está colgada de la pared muerta bajo tierra, su fiel criada hace con la porquería de las uñas una mosca, y esta desciende sobre Inana y la devuelve a la vida, la enseña la salida del infierno...

Conclusión

Termino con una cita que a muchas podrá parecerles blasfema.

La mística Juliana de Norwich decía *todo acabará bien*. ¿Quién no reconoce en esto la voz materna sin cuya fuerza positiva no habríamos sabido dar un paso lejos de ella?

... pero este paso se mueve, nada podrá sustituir a esa voz materna, pero, al moverse nuestros pasos, se descubre también que no todo va bien. Hace poco mi abuela, que es ancianísima –99 años- ante una dificultad mía me dijo un refrán que no me había dicho nunca: “come que te movi, come que te perdi”, es decir “apenas te mueves, pierdes algo”.

Quiero recordar la historia de otra relación materna, mucho menos noble que la cita de Juliana de Norwich: la tomo de la segunda película de la serie *Alien*.

Ripley acaba en una base invadida por muchos aliens, allí se encuentra con Newt, una niña, única superviviente. Ripley no tiene hijos y la toma bajo su protección; acaba luchando contra la madre alien monstruosa en una especie de gran útero.

Pero antes sucede algo, un diálogo que me pesa.

Newt: Mi mamá siempre decía que no hay monstruos. Monstruos de verdad. Pero los hay.

Ripley (bajito): Sí, los hay ¿verdad?

Newt: ¿Por qué les dicen eso a las niñas y a los niños?

Ripley: Bueno, hay niños y niñas que no pueden con ello como tú puedes.